

100 AÑOS
REVOLUCIÓN
DE OCTUBRE



RAPSODIA EN ROJO

MEMORIAS DE MOSCÚ

Marco Aurelio Rodríguez

РАПСОДИЯ

Fundación Editorial



elperroylarana



RAPSODIA EN ROJO
MEMORIAS DE MOSCÚ

Fundación Editorial



elperroylarana

© Fundación Editorial El **perro** y la rana, 2017

© Marco Aurelio Rodríguez



Esta licencia permite la redistribución, comercial y no comercial de la obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con crédito al creador

Centro Simón Bolívar
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas-Venezuela, 1010
Teléfonos: 0212-768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

comunicacionesperroyrana@gmail.com
atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de portada y diagramación

Niki Herrera

Edición

Lenin Brea

Corrección

Pablo Ruggeri

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2017002708
ISBN 978-980-14-4032-1



La presente serie de folletos se articula a partir de una sola pregunta que formulamos a todos los escritores participantes. La idea era que cada quien la respondiera desde su particular perspectiva y experiencia vital:

Cuando se cumplen 100 años de la Revolución Soviética es posible hacer un balance sobre el acontecimiento, su impacto en Nuestra América y su significación actual.

En su momento, los sucesos de octubre de 1917 fueron entendidos como un acontecimiento disruptivo que inauguraba un orden social totalmente nuevo. El experimento soviético —las experiencias concretas que apuntaban a la creación de un tipo de relaciones sociales que negaban aquellas propias del capitalismo— fue motivo de inspiración para los movimientos sociales y políticos de izquierda de nuestra región.

El devenir estalinista de la URSS y su posterior caída cuestionaron el sentido y la dirección de las luchas de izquierda en el contexto global. El hecho de que parte de la crítica que impulsó el fin del experimento soviético proviniese de la izquierda, fue determinante para la posterior reconfiguración de las fuerzas anticapitalistas del mundo y la región.

La celebración de los 100 años de la Revolución de Octubre tiene lugar en un escenario global complejo. Las luchas (políticas, económicas y militares) entre las potencias por la hegemonía global arrecian, y sus efectos se sienten en todos los

rincones del globo, pero particularmente en el Sur. Un rasgo definitorio de la contienda es que ninguna de las potencias en disputa encarna una propuesta alternativa al capitalismo. Teniendo esto presente, ¿qué significación actual cree usted que tiene la Revolución Soviética para los movimientos sociales y políticos del Sur global, y en particular de Nuestra América?

El diseño de esta serie, y en particular sus portadas, se inspiró en los principios vanguardistas, constructivistas y supremacistas soviéticos. Adicionalmente, y para conectar al lector con la potencia y creatividad de la Revolución Bolchevique, se incorporaron a cada uno de los cuatro folletos carteles y obras pictóricas realizadas en la génesis de la gran gesta proletaria.

En *Rapsodia en rojo. Memorias de Moscú*, Marco Aurelio Rodríguez nos cuenta su experiencia en la URSS cuando fue becado para estudiar en Moscú a mediados de los años 70. Sazonan su relato reflexiones y análisis que permiten comprender sus vivencias y nos ponen en guardia ante los factores que determinaron la caída del experimento socialista ruso.

LENIN BREA



Afilador de cuchillos. Principio de la animación (1913)
Autor: Kasimir Malévich

RAPSODIA EN ROJO

MEMORIAS DE MOSCÚ

Marco Aurelio Rodríguez



MARCO AURELIO RODRÍGUEZ (LA GUAIRA, 1955)

Egresado de la Facultad de Periodismo de la Universidad Lomonosov de Moscú (Master of Arts), politólogo licenciado de la Universidad de Belgrado. Traductor, docente y editor en la Fundación Editorial El perro y la rana. Profesor en la Universidad Nacional Experimental de las Artes (Unearte-Caracas). Ha escrito *Nada del otro mundo* (El perro y la rana, 2011); *Cáncamo* (La Mancha, 2011) y *Corazón de pez* (inédito). Ha sido incluido en *Voces nuevas. Dramaturgia, ensayo, guion de cine y tv, poesía* (Celarg, 2008-2009); *Sueño urgente* (La Mancha, 2010); *X Festival Mundial de Poesía de Venezuela*, (Casa de Bello, 2013); *II Simposio de Poesía Venezolana* (Casa de Bello, 2014) y *Textos sobre Ludovico Silva*, con el ensayo “Estado, ideología, alienación y decadencia” (Compilador: Nelsón Guzmán, Ipasme, 2013).

RAPSODIA EN ROJO

MEMORIAS DE MOSCÚ

»»

El manera así

Eran los inicios del primer mandato de Carlos Andrés Pérez, quien simulaba liderar un gobierno progresista al tiempo que sostenía una rabiosa represión contra la izquierda, en especial contra los grupos que en los años 70 aún sostenían la tesis de la lucha armada y, por supuesto, contra el movimiento estudiantil. Los estudiantes en aquel entonces desarrollábamos la lucha desde varios frentes. Primero, contra las medidas económicas que asolaban al pueblo; segundo, en la confrontación política frente al modelo puntofijista plagado de escándalos de corrupción, hambre y desempleo; y también, desde las reivindicaciones más directamente relacionadas con la problemática estudiantil, como el subsidio del medio pasaje y los recortes del presupuesto universitario, que reducían drásticamente la disponibilidad de cupos y dejaban a miles de estudiantes sin la posibilidad de continuar sus estudios.

Al fondo de este escenario local, los acontecimientos mundiales aderezaban nuestra cotidianidad con el humo de los bombardeos de Vietnam que nos traían las agencias noticiosas de la época. Los gritos de las manifestaciones pacifistas nos alcanzaban desde las pantallas de los televisores y, por los periódicos, nos llegaban las dramáticas cifras de cientos de vietcongs muertos en enfrentamientos contra unos cuantos soldados norteamericanos heridos. Entonces, sin saberlo, estábamos empezando a descubrir las mentiras de la prensa;

estábamos leyendo, sin saberlo, las primeras *fake news* de nuestras vidas.

Así avanzaba la década de los setenta en un país que daba bandazos entre Acción Democrática y Copei. Rafael Caldera —que había vencido en las últimas elecciones de los turbulentos años 70 (1969-1974)—, le entregó el mando a Carlos Andrés Pérez en su primera presidencia (1974-1979). Caldera había iniciado un proceso de pacificación con el objeto de reinsertar a los militantes de la izquierda que habían asumido la lucha armada. Como consecuencia de esa política aparecieron nuevos partidos (MAS, Causa R, etc.) que reconfiguraron la izquierda, atomizada entre los que preferían la lucha armada a la vía electoral, los que se inclinaban más por el maoísmo que por el socialismo real, por el proyecto del socialismo a la venezolana, Hungría, la Primavera de Praga...

Era un mundo para todos dividido donde lo que ocurría —en cualquier lugar y momento del globo terráqueo— llevaba el sello del capitalismo o del comunismo... Sistemas políticos que determinaban quiénes estaban a favor o en contra de la libertad, en contra o a favor de Dios o de las buenas costumbres.

Venezuela formaba parte del llamado “mundo libre”. Éramos libres de vivir “en el país más rico del planeta con las mujeres más bellas del mundo”, aunque los indicadores de los organismos multilaterales nos colocaran en el fondo del foso. En lo particular, había abandonado toda esperanza de poder entrar a la universidad. Me veía como uno más de los miles de estudiantes que engrosaban las filas de los bachilleres sin cupo; aquel contingente que, en las calles del país, reclamaba su derecho al estudio y que tan frecuentemente era recibido a plomo limpio, con el consabido saldo de más muertos para la “democracia”.

El avance de las ideas socialistas dentro del estudiantado había obligado a la derecha a comenzar a estructurar una política que neutralizara el ímpetu de los jóvenes. Esa situación había llevado a Caldera a ordenar el allanamiento de la UCV a finales de 1969, sin embargo, la planificación e instrumentación de una nueva política contra el estudiantado tomaría su tiempo, un tiempo con el que Carlos Andrés Pérez no contaba, por eso —entre otras astucias—, echó mano a las becas hacia los países socialistas y publicó un aviso de prensa ofreciéndolas a los bachilleres interesados en realizar sus estudios fuera del país. Ese sería el preámbulo del llamado Plan de Becas Gran Mariscal de Ayacucho, cuya oferta sería ampliada hacia países occidentales y que, por supuesto, favorecería preferentemente a los hijos de la pequeña burguesía. Los estipendios para los países capitalistas corrían por cuenta del Estado venezolano —a diferencia de las becas para los países socialistas—, y sus montos alcanzaban sumas jugosas en comparación con las modestas becas hacia los países de Europa del este.

Así, una mañana a principios de 1975, amanecimos con varias páginas de *El Nacional* llenas de ofertas de becas para estudiar en los países socialistas. En todo caso, la cantidad de becas no mermó significativamente el número de estudiantes sin cupo —las turbulencias callejeras continuarían por años—. Los aspirantes fueron seleccionados por las autoridades de los países oferentes. En cuanto a mí, me entusiasmaba la idea de irme a la URSS, siempre fui del parecer de que cualquier vía que condujera a un cambio positivo en Venezuela era bienvenida. No me afectaba mucho el contacto con el cacareado “social imperialismo”, el “revisionismo soviético”, ni me asustaba la idea de ir a vivir del otro lado de la Cortina de Hierro, donde antes de entrar debía dejar todas mis libertades e internarme en el

infierno colectivo, y perder toda identidad individual para convertirme en un número “escrito en letras al revés”, recubierto por la pátina gris de la tristeza eterna.

En mi familia todos estaban contentos con la idea de verme partir, en realidad cualquier idea que les librara del peso de cargar conmigo era buena para ellos... y para mí.

Tampoco iba a Moscú sin “una experiencia previa”, pues contaba con la de mi cuñada, cuyo tránsito por la URSS, como egresada, dejó una estela brillante en Venezuela. Modesta Bor había estudiado Composición en el Conservatorio Chaikovsky con el maestro Aram Jachaturián y varias veces me habló de su experiencia. El éxito en sus estudios y su fulgurante desempeño profesional es conocido por muchos, pues Modesta es la más grande compositora de música académica que ha tenido nuestro país. Sus logros en aquellas latitudes no han sido superados aún por ninguno de los egresados de los conservatorios de Occidente.

Caracas en los años 70 era un hervidero. Las discusiones que oía en mi casa entre los jóvenes oficiales que pertenecían a mi familia y que allí se reunían, versaban sobre temas como el enfrentamiento entre el Mercado Común Europeo y EE. UU. (resumidos en los libros *El desafío americano y el desafío mundial*, de Jean-Jacques Servan-Schreiber), y en medio de esas conversaciones se escuchaban los nombres de Rusia, de China... , porque era imposible hablar del mundo sin nombrar a los países socialistas. Ahora sabemos que las confrontaciones entre los países capitalistas –que tanto les preocupaban entonces–, se resolvieron a favor de EE. UU. y a las potencias europeas les quedó el triste papel de republiquetas con soberanías limitadas, llenas de bases norteamericanas, enredadas en la OTAN, el sistema financiero de la Unión Europea y el avasallamiento

de unos por otros. Está tan claro todo que los británicos se escaparon del marasmo para quedar adosados al sistema económico norteamericano.

Había caído Allende (1973) y se oían en Caracas canciones de Víctor Jara. Silvio Rodríguez y Pablo Milanés colmaban el Teatro Municipal. Nicolás Guillén era ovacionado en el Aula Magna de la Universidad Central y las presentaciones del Circo de Moscú llenaban a más no poder cada uno de los escenarios que visitaban. La asistencia a los espectáculos de los países socialistas era manifestación de simpatía hacia sus gobiernos. Eran frecuentes los eventos organizados por Cuba amenizados por grupos musicales de esa isla, en ellos se reunía gente afecta a la revolución. Los lazos con Cuba siempre fueron más allá de lo ideológico, fueron siempre afectivos; siempre encontré, al menos entre mis familiares, una identificación con los cubanos. Cualquiera podrá recordar el sonido de Radio Habana Cuba en los radiotransistores nocturnos de sus casas.

Venezuela reflexionaba sobre su destino mientras se cocía en la salsa de las telenovelas, diseñadas para la fijación de los valores que garantizaban la permanencia de los gobiernos adecos y copeyanos: la negrofobia y el clasismo estaban siendo tatuados en el ADN local. En realidad, la estratificación socioeconómica y racial de nuestro país nos viene directamente de la Colonia. Un leve vistazo hacia atrás nos dibuja intactos los prejuicios raciales y su íntima relación con el origen social. En Venezuela existe una relación directa entre el color de la piel y el dinero.

Aquella “Venezuela Saudita” –como la calificaban entonces por los astronómicos precios del petróleo en el mercado mundial– profundizaba la distancia entre ricos y pobres, que no solo era cada vez mayor, sino más profunda, pues no solo

los alejaba, sino que ahondaba en las diferencias de clase. El clasismo relacionaba y vincula aún el color de la piel con el sector de la ciudad donde habitas, lo que vistes, lo que comes y la manera de expresarte (la palabra nos nivela), en total, lo que eres.

La actual polarización es la síntesis de las tendencias del espectro político de aquel entonces. Iban desde la ultraderecha hasta la ultraizquierda. La polémica que los enfrentaba giraba en torno al modelo de sociedad neocolonial que ofrecía la derecha (adecos, copeyanos, etc.), y el de la izquierda. El modelo adeco-copeyano se caracterizaba por su inestabilidad política y una desigualdad que traicionaba las expectativas de los sectores más amplios de la población; la insatisfacción era el sentimiento que revolvía el espíritu nacional. Mientras, la izquierda se fragmentaba en los diversos modelos de socialismo que preconizaba cada organización: el ruso, el chino, el cubano, el albanés, el venezolano, el eurocomunismo, etc. Y además, se enfrentaban según la vía que creían acertada para llegar al poder: la armada, la electoral, la tercera... Pero en la práctica, todo gravitaba alrededor del polo del poder –del hegemónico y hegemonizante– de los intereses norteamericanos y de las transnacionales.

El discurso de la oposición política actual al gobierno bolivariano nos dibuja un paisaje nostálgico, nos pinta el cuadro de un país feliz que se desenvolvía en un ambiente dulzón. Esa imagen es totalmente falsa; miles y miles de muertos la desmienten. Venezuela era un país convulsionado, asediado por la delincuencia, la escasez y la especulación; con un pueblo acorralado, una juventud desesperanzada. Era un hervidero del que cualquiera hubiera querido salir. Precisamente, los de la oposición han hecho esfuerzos ingentes para emular el ambiente que reinaba hace cuarenta años cuando ellos

governaban. Para que Venezuela pueda parecerse a lo peor, tiene que parecerse a ellos.

HUMANISMO Y DERECHOS HUMANOS

En vista de que muchos sectores de la población comenzaban a considerar la posibilidad de aplicar el modelo socialista en nuestros países, la burguesía emprendió con especial entusiasmo la exaltación de las ventajas de una sociedad como la venezolana, donde existían –según estos– las libertades democráticas y el respeto por los derechos humanos, aunque ocurrieran cosas como las que narró Jesús Lossada Rondón en una de las entregas de su columna “Miraflores a la Vista”, que se publicaba en *El Universal*. En ella cuenta el trato que Rafael Caldera deparó a uno de sus simpatizantes, quien había emprendido tesonera-mente la campaña electoral donde aquel resultó ganador. El hombre luego del triunfo de su favorito, lo menos que esperaba era poder contar con un empleo seguro, sin embargo el tiempo pasaba y nada... Entonces decidió pararse todos los días a la entrada de Miraflores y cada vez que Caldera pasaba en la caravana presidencial, nuestro héroe se pasaba el índice por la garganta para mostrarle al ahora presidente lo desesperado de su situación. La reacción de Caldera –muy respetuoso de los derechos humanos–, fue, personalmente, mandar a hacer preso al pobre que solo fue liberado un tiempo después... Ese era el humanismo de quienes gobernaban.

Llegar a Moscú

El suelo se movía bajo mis pies mientras intentaba sostenerme para evitar perder del todo el equilibrio. La inestabilidad no solo se debía al desplazamiento del autobús por la ruta que conducía desde la pista de aterrizaje al terminal del aeropuerto Sheremétyevo, sino que el nerviosismo que me invadía confundía mis sentidos. El transporte nos dejó a las puertas del terminal, una edificación de arquitectura simple, cuyo mobiliario y todo en general contrastaba con los aeropuertos donde había estado horas antes. Sheremétyevo era muy diferente de la turbulenta atmósfera que se respiraba en el aeropuerto de Nueva York, con sus tableros automáticos que anunciaban una interminable cantidad de vuelos, o el de Copenhague, más sosegado pero atestado de viajeros que iban en todas direcciones cargando voluminosos equipajes. A diferencia de esos aeropuertos, este era silencioso y despejado. Apenas llegamos, unas jóvenes guías se acercaron y nos indicaron en ruso la dirección que debíamos tomar, ahí nos esperaban las casetas de inmigración donde sellarían mi visa de ingreso. Pude leer en la tinta violeta del sello la fecha: 25 de septiembre de 1975.

Apenas unos días antes había dejado mis primeros diecisiete años de existencia. Quedaba atrás un modo de vida y comenzaba otro absolutamente diferente.

Nos embarcamos en un autobús que nos llevaría a la ciudad. Desde la ventanilla se veía un paisaje lluvioso; una interminable superficie se extendía de lado y lado de la carretera; los árboles estaban desnudos y se apiñaban formando algo que debía ser un bosque, pero que entonces no eran más que hileras de tallos y ramas apuntando hacia un cielo de

neblina que el viento desordenaba. Por momentos esa neblina hacía desaparecer todo alrededor y me invadía el desasosiego de sentirme perdido en una dimensión desconocida.

Allá lejísimo y después de casi una hora de viaje se empezaba a perfilar una ciudad poco iluminada, sin explosiones de brillo ni la ostentosa fantasía del neón. La ciudad como un barco en la niebla se movía sigilosamente entre las sombras de los bosques desnudos. El frío estaba atenuado por la calefacción del autobús. La noche había llegado temprano, y como en un doblez del tiempo ya estábamos en el hotel de la universidad.

En los pasillos reinaba un ambiente de agitación, era una babel con negros hablando en lingala, swahili, por allá se escuchaban los seseos del portugués, se reconocía el francés, el inglés; en fin, estábamos ahí los pueblos de la faja ecuatorial del planeta, los esclavizados, colonizados, sometidos, agredidos; los de la liberación.

Pude entender que el barullo se debía a que los huéspedes se resistían a ser separados, todos exigían compartir las habitaciones con sus connacionales o con estudiantes procedentes de países afines. Entendí que los organizadores deliberadamente querían mezclarnos. Los venezolanos que habían llegado conmigo comenzaron a organizar una especie de resistencia, a mí particularmente me daba igual, o más bien entendí que las listas y la distribución de nosotros había sido realizada desde mucho antes, y la intransigencia de las guías era irreductible: miraban al suelo mientras sus cabezas trazaban el gesto de la negación con una decisión inapelable. Se nos indicó que dejáramos nuestro equipaje en la habitación y nos fuimos hasta un lugar identificado con la palabra *Столовая*¹. Al traspasar sus puertas nos vimos en un amplio comedor; al fondo se veía el mostrador

1 *Stolovaya*: comedor.

y un grupo de cocineras vestidas de blanco con tocados de gasa almidonada cubriendo sus cabezas. Cada uno de nosotros tomó una bandeja y comenzó a caminar. En un amplio mostrador estaban exhibidos los platos del menú, íbamos señalando con el dedo y la cocinera servía la comida que escogíamos; era lo que se me dio por llamar “menú gestual”. Así fue mi primer contacto con la auténtica gastronomía rusa. Esa vez solo pude comer *кефир*² y dos trozos de pan de centeno con dos rodajas de *колбаса*³. Las cocineras se dirigían a nosotros en ruso; sabían que no entendíamos nada, pero ellas con la mayor naturalidad nos hablaban y por sus gestos adivinábamos que nos preguntaban algo así como si estábamos seguros de querer ese plato, si lo queríamos con salsa o no. Más adelante, entendí que las cocineras siempre y en todo lugar, con tono autoritario, intentarían hacernos comer lo que a ellas les parecía mejor para nuestra salud. Sus recomendaciones eran órdenes. Estoy convencido de que mi gusto culinario fue modelado por las cocineras de los comedores universitarios donde comería los próximos años de mi vida.

Ahora que tengo la ocasión, creo que esta es una excelente oportunidad para rendirles homenaje a las trabajadoras de los comedores de la Rusia soviética, desde las mayores, pasando por las que llamábamos cariñosamente *мамулинки*⁴, hasta las arrolladoramente atractivas jóvenes cuyos ojos azules se quedarían para siempre en nuestra memoria.

Luego de aquella frugal cena dormiría en una habitación de cinco camas con personas de Asia, África y América Latina. Así se iniciaba mi convivencia con gente de todos lados del planeta.

¡Había llegado a Moscú!

2 *кефир*: leche fermentada.

3 *Колбаса*: salchichón.

4 *Мамулинки*: madrecitas.

Un fantasma recorre América Latina

Más allá de todo intento del “mundo libre” por mantener a sus habitantes descontaminados del comunismo, el hecho de que un gobierno adeco propiciara el acceso a algunos estudiantes venezolanos al sistema educativo de la URSS –proyecto que incluiría unos pocos estudiantes por año durante un breve periodo– evidenciaría la tremenda influencia que tuvo la Unión Soviética en Venezuela y el resto del mundo latinoamericano hasta su desaparición.

Para tener una idea de la influencia que tuvo la URSS en Venezuela tenemos que mirar el continente en perspectiva, pues su influencia rebasó las fronteras de un país en específico. Una de las influencias más profundas que ejerció la Unión Soviética sobre nuestra región se manifestó en el aspecto agrario. La tierra en nuestro continente siempre fue un elemento fundamental desde la lucha por la independencia de España. La Colonia dejó secuelas profundas, y los intentos por superarlas nos marcaron de tal modo que es un componente característico de nuestra fisonomía histórica y cultural. Más adelante, las apetencias de esas oligarquías se enlazarían con la voracidad de las grandes potencias hasta alcanzar el cuadro neocolonial de nuestras economías.

Debemos considerar que la Revolución de Octubre emergió de las trincheras de la Primera Guerra Mundial, de la cual los campesinos regresarían a Rusia movidos por la esperanza de paz y el anhelo de poseer –ahora en condición de hombres libres (no explotados)– la tierra que por siglos habían trabajado como esclavos. Y se cumplió. A diferencia de los frustrados deseos de millones de hombres y mujeres que en América Latina, desde la noche de los tiempos, peleaban por la tierra una y mil veces

arrebatada. No así en Rusia donde culminaría una guerra agraria de campesinos victoriosos.

Los antecedentes históricos de las luchas agrarias en Venezuela se remontan a la Guerra de Independencia, la cual prometía a miles de hombres y mujeres el fin de la esclavitud y la igualdad; pero a la postre, se vieron engañados por los aristócratas y oligarcas que habían luchado contra los españoles y, por los que habían huido –renegando de quienes luchaban contra el imperio–, que regresaban entonces a sus propiedades, ahora restituidas, recuperando intactos sus privilegios y condición de esclavistas.

Esta traición y aquel fraude no se cometen por primera vez en la historia de Venezuela; muy al contrario, el problema de la tierra es una de las claves de los más grandes conflictos sociales de nuestra historia: Colonia, Independencia, Guerra Federal, caudillismo, dictadura, crisis actual constituyen etapas y sucesos en cuyo fondo hallamos, a poco de hurgar en ellos, el anhelo aun insatisfecho de las masas campesinas de poseer la tierra que trabajan para otros.⁵

En plena Guerra Fría, Rómulo Betancourt –el 5 de marzo de 1960–, promulgó la Ley de Reforma Agraria, con la que quiso quebrantar pacíficamente el latifundio pagando cuando fuera necesario con bonos de la deuda agraria. Ante esto, Orlando Araujo escribiría: “No podemos hablar de una reforma agraria, sino de pura y simple reforma agrícola”⁶. Cuando ya en Cuba había triunfado una verdadera reforma agraria, donde fueron expropiadas las instalaciones agroindustriales de los terratenientes locales y de las empresas extranjeras que operaban en la isla, además de la Texaco, Standard Oil, Royal Dutch y la

5 Araujo Orlando, *Venezuela violenta*, Editorial El perro y la rana, Caracas, 2007, p. 35.

6 *Ibidem*, p. 63.

Canadian Shell Ltd., así como compañías de gas y teléfonos. En Venezuela se hacían tibios amagos en el campo...

La reforma agraria en Cuba y otras medidas desencadenarían una serie de acontecimientos que desembocaron en el enfrentamiento entre la URSS y los Estados Unidos, y que luego conducirían a la crisis de los misiles, llevando al mundo al borde de una conflagración nuclear.

Más allá de lo que se pudiera pensar, a los ojos de muchos, la URSS empezaba a convertirse en una alternativa real para zafarnos de la dependencia a la que nos había llevado la oligarquía. Para amplias masas de trabajadores y campesinos comenzaba a quedar en claro en quién podían confiar. Algunos sectores de la izquierda venezolana veían a la URSS como un modelo social-imperialista que había reunido a su alrededor una constelación de países bajo su férula gracias a su poderío militar.

Todo comienza

Ya avanzada la tarde, los estudiantes que habíamos sido seleccionados para la Universidad Estatal de Moscú Mijaíl Vasilievich Lomonosov, debimos abordar un autobús que nos llevaría hasta la calle *Крижижановская*⁷, donde nos esperaba el edificio de la Facultad Preparatoria que a su vez albergaba las instalaciones en las que realizaríamos nuestros estudios a lo largo de todo un año. Al bajar del autobús –mientras caminaba hasta la puerta de entrada– conocería a un personaje que me acompañaría por el resto de los más de seis años de mi vida en Moscú: el frío. Un elemento que lo invadiría todo y cuya presencia condicionaría cada decisión, cada acción y que

7 *Krizhizhanovskaya*: en honor a Gleb Maksimiliánovich Krzhizhanovski (1872-1959). Científico, economista, miembro de la Academia de Ciencias de la URSS que dirigió el plan para la electrificación de Rusia.

finalmente se convirtió en algo entrañable. Efectivamente, al bajar del autobús tuve que esperar mi turno para la entrega del equipaje, ubicado en el maletero del vehículo; me tocó ser el último, así que pacientemente esperé y aunque era uno de los que contaba con la ropa más adecuada (gabardina, suéter, guantes, bufanda...), sentí cómo la piel de mi cara se estiraba, enrojecía y cómo el frío penetraba todos los resquicios de mi ropa, para colarse por mi cuerpo como si fuera agua congelada. Algo me quedó bien claro: la ropa con la que me habían equipado mis familiares podía haber sido suficiente para el invierno en España, a lo sumo, pero para los rigores del maroz —como llaman los rusos al frío—, hace falta equipamiento de primer rango...

El paisaje humano de la Facultad Preparatoria de la Universidad de Moscú era una colección de pueblos y nacionalidades de las más distintas culturas; podría nombrar algunos para dar una idea de lo que se trataba aquello: Nepal, Cabo Verde y Guinea Bissau, Congo, Grecia, Portugal, Bolivia Brasil, Finlandia, Suecia, Luxemburgo... Sin entrar en más detalles, era un revoltijo que se hacía infernal cuando en las tardes, al regreso de clases, comenzaban a preparar al unísono sus comidas típicas. Nicolás Guillén cuenta en sus memorias, *Páginas vueltas*, sobre un fenómeno similar que se daba en un hotel donde se hospedaba en París. Al aroma que expelía aquella endemoniada mezcla Guillén la llamaba “el peo del elefante”...

Ese año me tocaría compartir la habitación con dos chipriotas, Giorgos, un muchacho rubio con la mirada sorprendida de los miopes; y Aquis, el típico mediterráneo de ojos oscuros y cabello negro. Ambos habían combatido juntos durante la ocupación turca a la isla de Chipre, ocurrida el 20 de julio de 1974. Gracias a mis nuevos compañeros conocí algunos detalles

de cómo la mitad de Chipre les fue arrebatada por Turquía. Por ellos pude ver algunos de los estragos psicológicos de la guerra; casi a diario sufrían pesadillas y cuando alguno de ellos comenzaba a gritar en sueños, el otro se le unía con mayores alaridos, así terminaban arrastrándose en el piso, reviviendo quién sabe qué horrores vistos en el frente. En las tardes, Aquis y Giorgos cumplían un ritual; bailaban el *syrtos* en la habitación, mientras yo los veía realizar los movimientos de ese bello baile. En Moscú por primera vez pude ver el internacionalismo proletario en acción; la ayuda que la Unión Soviética extendió desinteresadamente a los países en vías de desarrollo, en especial en el periodo de la lucha contra el colonialismo y por la liberación nacional, fue de suma importancia, permitió la formación de profesionales y técnicos. Los gobiernos de los países capitalistas se empeñan en descalificar el internacionalismo porque no comprenden que el marxismo es una ética, un humanismo.

Describir la vida en la URSS sería imposible sin hablar de la gran Guerra Patria (1941-1945), como llaman los rusos a la Segunda Guerra Mundial. No había un ámbito de la vida en el que no se evidenciaran los esfuerzos del Estado por perpetuar en la memoria de sus ciudadanos y ciudadanas la experiencia de la guerra. Al caminar durante el verano por las calles y anchas avenidas de Moscú se podían ver hileras de estandartes, pendones y banderas rojas adornando vallas con consignas a favor de la paz —por cierto fue la primera palabra que encontré al llegar al aeropuerto: *mup*⁸—. La política de paz se explica por la naturaleza misma del socialismo, sistema inspirado en el trabajo y la productividad, en la exaltación del esfuerzo común para la creación de la base material necesaria para cumplir su

8 Mir: Paz.

precepto fundamental: *De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades*. Para que esto pueda cumplirse es imprescindible alcanzar un alto nivel de producción de bienes materiales y de consumo que pueda satisfacer las necesidades que nombra la consigna.

En el capitalismo la industria bélica es un componente fundamental de la economía; las armas son mercancías que se realizan en el mercado. En el socialismo la producción de armas está destinada a la defensa de la soberanía. Durante la Guerra Fría, la economía de la URSS se vio obligada a erogar ingentes recursos para la defensa. El imperialismo sabe que la paz es el retroceso del mercado de armas y que la guerra, la desestabilización y el caos son el ambiente más propicio para el saqueo, la venta de armas y la dominación de los pueblos menos desarrollados.

La Facultad Preparatoria, además de nivelarnos con los contenidos académicos de la universidad, servía para familiarizarnos con los orígenes de la cultura, no solo soviética, sino de los pueblos de las repúblicas que componían la unión. Esos códigos eran necesarios para luego podernos explicar ciertas actitudes y costumbres de los rusos que al principio nos parecían exageradas, pero que luego comprenderíamos los extranjeros que habíamos ido a vivir allá.

La gran Guerra Patria fue una de las tragedias más grandes a la que ha sido sometido algún pueblo en la historia contemporánea, y esto lo digo sin la intención de darle a la Unión Soviética el monopolio universal del dolor con fines interesados, como podría pensarse. Fueron veinte millones de personas y decenas de miles de pueblos quemados, ciudades destruidas y una devastación humana de tal magnitud que, sin la consideración de ese factor, sería imposible explicarnos muchos elementos de la sociedad soviética: la estructura familiar lacerada por la

ausencia de muchos de sus miembros; o los éxodos como consecuencia de la guerra. La memoria de esas experiencias se mantiene tan viva que era común que las personas hicieran alusión con lágrimas a historias vividas en sus familias, expresándonos inequívocamente el deseo de que nunca en nuestros pueblos viviéramos la guerra, y menos una experiencia tan atroz y pavorosa como la vivida por ellos contra el fascismo alemán, el enemigo más despiadado e inimaginable.

Con insistente frecuencia las potencias occidentales tratan de arrebatarse a la Unión Soviética el triunfo sobre el fascismo. Una victoria alcanzada a pesar de los ardides de las potencias occidentales, que taimadamente esperaron que Hitler destruyera a la Unión Soviética, para luego saltar sobre una Alemania desgastada. La historia fue otra, y cada 7 de noviembre sobre las cúpulas del Kremlin, nosotros veíamos el reflejo de los espectaculares fuegos artificiales celebrando el Día de la Victoria.

Industria ligera e ideología

Las aulas destinadas a las clases estaban ubicadas en el mismo edificio de la residencia, de otro modo no hubiéramos resistido el invierno —no es mentira—, el frío es implacable, paraliza. Me explicaron que en los bosques el otoño avanza más rápido y que el frío en las afueras de las ciudades es mayor. Ciertamente, cuando llegué a Moscú todavía había árboles con hojas, aunque en las afueras había podido observar que no las tenían; ya las lluvias eran más frecuentes y pertinaces, a veces el viento arreciaba y el frío nuevamente se colaba. Precisamente una mañana fuimos informados por nuestros guías intérpretes de que debíamos prepararnos para ir a recibir la ropa de invierno.

Nos llevaron a una tienda por departamentos situada en el centro de Moscú, justo frente a la Plaza Roja, que colinda con las murallas del Kremlin –donde se encuentra el mausoleo que guarda los restos momificados de Lenin–. La tienda en cuestión era el famoso centro comercial GUM⁹, que entonces tenía más aspecto de depósito que de tienda por departamentos. Allí recibimos nuestro atuendo invernal. Era poco lo que los llegados del trópico entendíamos al respecto, sin embargo conservábamos algún criterio estético y cada cual –en la medida de lo posible– fue escogiendo su ropa del color de su preferencia y el modelo que más se adaptara a su gusto de entre los pocos que ofrecían. Esa fue mi primera colisión con la industria ligera soviética, más específicamente con la moda y la confección. En la vestimenta de la gente en la URSS no se percibía moda alguna. Parecía que el tiempo se había detenido en los años 30, 40 y 50. En las tiendas pocas veces o nunca te encontrabas con piezas atractivas; la moda tal como la entendíamos en Occidente no existía. En ningún otro lugar del planeta se hacía tan protuberante el sentido ideológico de la industria ligera como en la Unión Soviética. La ausencia de diseños atractivos –no solo en lo que respecta a la confección textil–, sino de artefactos electrodomésticos, vehículos, muebles..., todo creaba un ambiente propicio para el contrabando y la aparición de un mercado negro. El Estado intentaba restringir la circulación de la mercancía ilegal y la imposición de la moda occidental, pero no la sustituía por otra más acorde con los gustos de la población, ni se dedicaba a la creación de tendencias propias. El fenómeno se extendía por todo el comercio de la URSS como una metástasis. De hecho, antes de la caída de la URSS, se decía

9 Por sus siglas en ruso *Gosudarstvenni Universalni Magazin*: Tienda Estatal Universal.

que el 80% de la circulación de mercancía en su territorio se realizaba en el mercado negro.

Probablemente, si viéramos reducida la circulación de mercancía extranjera, si la adquisición de la misma se volviera casi inalcanzable, aquí en nuestro país pudiéramos llegar a experimentar una situación similar. Desde nuestra estadía en la URSS fuimos desarrollando un instinto de la escasez, de la dificultad de adquirir diversos tipos de productos, de que las restricciones en la distribución y oferta de mercancía nos remitía directamente hacia la imagen y percepción que modelaron los países occidentales de la sociedad socialista. Sin embargo, la Unión Soviética era una sociedad que representaba la posibilidad de construir en nuestros países una sociedad distinta, y en mucho lo sigue siendo, porque pudimos ver que otro tipo de sociedad era posible. Ciertamente no podíamos adquirir muchos de los productos que hubiéramos querido tener, pero a la vez aprendimos que sin consumismo también se puede vivir.

Invierno y cultura

No se puede hablar de Rusia sin el invierno. El invierno es un inmenso territorio blanco que se extiende por todas partes. Mi encuentro con él ocurrió la noche de la primera gran helada (-20° C.). El mejor momento para el contacto con el invierno es la noche. Me vestí según las indicaciones de los compañeros más experimentados (suecos y finlandeses) y salí de la residencia; al abrir la puerta me sentí como un cosmonauta que abandona la nave. Lo primero que percibí fue que los ruidos alrededor son absorbidos por la nieve, entonces te sientes como un buzo; el sonido de la respiración se hace más cercano y casi escuchas

tu propio corazón. Eché a andar y la nieve rechinaba bajo mis pasos, avancé hasta uno de los jardines cercanos al edificio de la Preparatoria, seguí por los callejones solitarios hasta encontrarme rodeado de árboles nacarados, la nieve me llegaba a las rodillas. Caminé más y de pronto, ¡el cielo estrellado! A mi alrededor flotaban millones de cristales que chispeaban como estrellas con la luz de los faroles. Era un sueño. El invierno hipnotizaba. En el momento cuando me disponía a caminar por un sendero donde los ruidos se perdían aún más, sentí como me sujetaban bruscamente por los brazos; los suecos y los finlandeses al ver que me tardaba habían ido a mi a mi rescate:

—¿Qué tal? —me preguntaron.

—Hermoso —respondí.

—Bueno, suficiente —dijo el finlandés.

Desde entonces ya no soy el mismo, el invierno se convirtió en algo que extrañó con frecuencia. Un sentimiento similar al que tienes por alguien con quien siempre te quieres volver a encontrar.

A mi parecer, el invierno y el otoño son las estaciones más bellas de Rusia. A Pushkin, el más grande de los poetas rusos, le inspiraba el otoño, sus atardeceres encendidos bajo el fuego vibrante de las hojas.

Moscú es una ciudad hermosa, más allá de sus cúpulas cargadas de nieve están las calles de la vieja ciudad; Arbat, el famoso barrio bohemio de Moscú a quien Bulat Akudzhava cantara:

Oh Arbat, mi Arbat, eres mi alegría y mi pena.

Oh Arbat eres mi religión. Los puentes tuyos se tienden debajo de mí.

Oh Arbat mi Arbat eres mi patria, recorrer te nunca tendrá final.

Oh Arbat, eres mi vocación, ¡nunca más —y jamás—, te podré olvidar!¹⁰

10 Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=USTq9wBSIv8>

Había fenómenos cuya explicación –para nosotros, recién llegados–, se nos hacía complicada; sin embargo, intuíamos que muchas medidas con las que intentaban contrarrestar los efectos del ataque a la cultura por parte de los adversarios de la URSS, eran tomadas con poca participación colectiva; las veíamos torpes y finalmente terminaban favoreciendo los objetivos del adversario. Por ejemplo, la prohibición –en su momento– del jazz, luego del rock. Puede entenderse que los dirigentes del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) no querían ver a los jóvenes soviéticos vestir como en Occidente y escuchar la música de allá, pero tenían que comprender que antes debían propiciar expresiones auténticas de sus jóvenes y auspiciar formas y tendencias que respondieran a su realidad. Luego, como una manera de aliviar las presiones, daban rienda suelta al rock, como, por ejemplo, ocurrió en la fiesta de inicio de clases en la universidad, cuando, al llegar al *hall* donde se desarrollaba el evento, lo primero que escuchamos fue rock, ¡interpretado por un trío de señores mayores con el aspecto de aburridos pensionados! Su indumentaria no dejaba duda de que se trataba de todo menos de rockeros. Todavía hoy no le he conseguido solución a ese acertijo...

Los problemas de la Unión Soviética aparecían ante nuestros ojos desde lo cotidiano, y su explicación exigía un análisis profundo, cuyas raíces con mucha frecuencia podíamos encontrar en la historia de Rusia. Por ejemplo, la relación escabrosa entre el Estado y los escritores. Ese tipo de relación se presentaba en Rusia, desde tiempos ancestrales; el gobierno despótico de los zares siempre vio peligrosas las ideas de sus pensadores. De esa tradición supieron sacar buen partido las potencias occidentales que con tanta frecuencia acusaban de totalitarismo y opresión al Estado soviético. Cuando hablo de

la mirada escrutadora del gobierno omnímodo de los emperadores de todas las Rusias, y de su carácter histórico, no pretendo atenuar la gravedad de lo ocurrido en la URSS, dándole un tono pintoresco a lo que pasó entre el Estado y muchos de sus intelectuales. Prefiero que sea —a mi parecer una de las voces más autorizadas—, Bulat Okudshava, quien se refiera al tema. Este poeta, escritor y cantautor soviético, cuyos padres fueron víctimas de las purgas de Stalin en los años 30, fue a su vez objeto de críticas por parte de las autoridades y a su vez llegó a ocupar cargos de responsabilidad:

La tragedia de la cultura —de la cultura rusa, para ser más precisos— no es simplemente una expresión ampulosa o intencionalmente exagerada con la que se pretende una vez más sacudir la conciencia de la opinión pública.

El binomio “amo y criado”, “siervo y señor”, “dueño y esclavo”, refleja una vieja enfermedad rusa nacida en la oscuridad de los tiempos y fraguada en la psicología de la sociedad.

El talento siempre aspira a pensar por sí mismo. Esta tendencia a pensar de manera independiente se ha castigado siempre en el Estado ruso, y los hombres de la cultura que han ignorado esta ley no escrita se han visto perseguidos. Así sucedió con el maravilloso Radíshchev, que osó gritar amargas verdades y que pagó por ello con la cárcel. Así sucedió con el gran Pushkin, que se creyó un hombre libre, por lo cual se le impuso un duro censor en la persona del emperador Nicolás I.

Es cierto que a finales del siglo pasado esta enfermedad empezó a remitir y asomó la esperanza de que Rusia sanara por completo. Pero llegó el régimen soviético que agravó en provecho propio la dolencia y la condujo a trágicas consecuencias.

El amo era implacable. La bala, la cárcel y el silencio eran sus armas. Expulsó del país a destacados hombres de la cultura. Asesinó a Gumiliov, Bábel, Pilniak, Mandelshtam...

Enmudeció a Platónov, Ajmátova, Zoshchenko... Se entregó a la tarea con verdadera pasión y privó de aire a Rusia hasta que él mismo empezó a ahogarse.

La enfermedad no está ni mucho menos curada, pero para vencer sus males conviene conocer sus causas, estudiarlas y mostrar a la sociedad el secreto de esa tragedia.

Para ello no se promulgó edicto gubernamental alguno. Pero sí se dio el entregado entusiasmo de un grupo de escritores rusos que crearon la comisión encargada de rescatar la herencia de los escritores represaliados, comisión que se propuso la tarea de sacar a la luz lo oculto.

No se trató de una labor sencilla ni mucho menos, pero de modo paulatino, a regañadientes, se empezaron a entreabrir los archivos secretos de la Seguridad del Estado, y la opinión pública abrió aturrida los ojos, obligada a reconocer las dimensiones de su propia tragedia.¹¹

Lo que deben entender todos, hombres y mujeres cuyas vidas se desenvuelven en el ámbito de la cultura, y, junto a ellos, los políticos –cuyo oficio es verdaderamente distante al literario–, es que sin una visión desprejuiciada no van a poder, en la literatura, separar la denuncia irónica de las injusticias de las irracionalidades de la vida, que tantas veces dependen de las imposiciones del poder, del que tan conspicuamente participan.

En nuestro continente, el Departamento de Estado y los gobiernos de Estados Unidos pretendieron aplicar la misma fórmula que en materia cultural habían aplicado a la URSS. Esa experiencia permitió a la Revolución Cubana y a la intelectualidad progresista latinoamericana hacer un manejo diferente de las situaciones. Por lo que las acusaciones que Estados Unidos pretendió contra Cuba en materia de derechos humanos relacionados con escritores y personalidades de la cultura, no prosperaron. Muy por el contrario, esos intentos permitieron desarrollar una visión que desde la Revolución Cubana –atravesando los diversos procesos revolucionarios

11 Texto de Bulat Okudzhava tomado de Bóris Pasternak, *La infancia de Liuvers. El salvoconducto. Poesías de Yuri Zhivago*, Galaxia Gutemberg. Círculo de lectores, Barcelona, 2000.

que se han dado en nuestro continente—, ha permitido asumir una posición de vanguardia en el ámbito del pensamiento, en donde se propicia la libre circulación de las ideas, el respeto por las opiniones ajenas, lejos de todo prejuicio.

Aproximarnos al complejo problema de la cultura en la URSS fue una experiencia de profundización espiritual. Seguramente de situaciones relacionadas con interpretaciones diferentes a las nuestras, pero a la vez de contacto con las sensibilidades de tantos pueblos que conformaron ese desbordado universo de países. Aquel territorio que se extendía desde los confines del Ártico hasta las ensoñadas cúspides de Asia, donde los vientos de las montañas Tian Shan son atrapados en los cantos de las flautas de los pueblos antiguos. Vivir en la Unión Soviética era habitar un cosmos. Danzas, músicas exóticas, estéticas confrontadas, o amalgamadas en enérgicas manifestaciones. De esa realidad vienen los nombres de compositores, artistas plásticos, dramaturgos que en su momento desconcertaron al mundo con propuestas, vertiginosas unas veces, y otras con herméticas abstracciones. De allí que sean nombrados Pasternak¹², Solzhenitsyn¹³ y Sájarov¹⁴. Sin embargo, esa pléyade de autores cuyos nombres conocíamos antes de llegar a Moscú, como de muchos otros desconocidos, de sus obras magníficas, todos en su conjunto representan —más allá de sus destinos y circunstancias—, la magnitud espiritual de pueblos que demostraron que es necesaria la vida en común para alcanzar maravillas como las que lograron allá. Una cultura gigantesca en su diversidad e iluminada de una hermosura imposible de olvidar.

12 Borís Pasternak (1890-1960): Poeta y novelista ruso. Premio Nobel de Literatura en 1958.

13 Alexandr Solzhenitsyn (1918-2008): Novelista. Premio Nobel de Literatura en 1970.

14 Andréi Sájarov (1921-1989): Premio Nobel de la Paz 1975.



Grupo de estudiantes becados de diversos países en la URSS el día de su graduación. Facultad de Periodismo de la Universidad Lomonosov (1981).

Estudios y viajes

La estadía en la Unión Soviética permitía los mejores estudios en un ambiente privilegiado. Contábamos con educación gratuita, libros, alimentación adecuada, buenas instalaciones, servicio médico, vacaciones de invierno y verano en lugares agradables, donde compartíamos con estudiantes extranjeros y nacionales de diversos institutos y universidades del país. Para los estudiantes que preferíamos hacer del verano una temporada productiva contábamos con brigadas de trabajo estudiantil, en las que nos incorporábamos para realizar labores del campo o de la construcción. Los trabajos eran remunerados de acuerdo a la experiencia y la paga dependía de la calificación laboral y de los lugares asignados. Para quienes tenían experiencia e iban a trabajar a sitios alejados, las remuneraciones eran jugosas. Entre mis compañeros había quienes con frecuencia pasaban sus vacaciones en Siberia o en Asia Central, y regresaban después de haber obtenido sustanciosas sumas de dinero. Se puede decir, sin temor a exagerar, que la URSS brindaba educación integral que favorecía el desarrollo pleno del individuo. Mis compañeros soviéticos, en una ostensible mayoría, eran personas cultas y bien informadas; con ellos llegamos a departir sobre temas delicados. Muchos de los extranjeros estábamos atentos a algún detalle que pudiera revelar el ocultamiento de algún tema en específico, y había razones para ello porque, por ejemplo, nunca recibimos clases sobre los congresos XIX y XX del PCUS; esa información no fue incorporada a nuestros programas de Historia del PCUS. En esos congresos se trataron temas como la introducción de elementos capitalistas en la economía soviética (XIX congreso) y la “desestalinización” (XX congreso). El silencio sobre esos temas podría haberse entendido desde

la perspectiva de que pertenecían estrictamente a la política interna del país; sin embargo, no es un argumento válido, porque por principios la verdad histórica no se debe ocultar. A fin de cuentas aquellos acontecimientos pueden servir para explicar el final que tuvo la URSS.

Estos casos sirvieron para que pudiéramos sospechar el ocultamiento de cualquier otro tema en los programas, como lo llegué a pensar con el existencialismo. Entiendo que en mí actuó el prejuicio de pensar que las autoridades del Ministerio de Educación de la URSS nos querían ocultar aspectos específicos del existencialismo por tratarse de una corriente del “decadente pensamiento burgués”, pero no fue así. El caso es que yo deseaba que el profesor profundizara sobre el tema y él sencillamente me invitó a investigar por mi cuenta, por lo que protesté. Luego mi experiencia como docente me ha permitido comprender que el tiempo de estudio de Filosofía en una facultad de Periodismo debe dedicarse a temas sustantivos, relacionados con la profesión, y no a detalles específicos de corrientes filosóficas, más propios de estudios especializados. Ahora veo que mi incomodidad se debía a la inmadurez, que a veces suele ser impetuosa...

Y refiriéndonos a temas filosóficos es oportuno mencionar que en la escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela –actualmente en manos de la ultraderecha–, pretenden que los estudios sobre Marx sean materia electiva, algo verdaderamente impensable para las universidades del “primer mundo”.

Debía pensarse que sería la izquierda –en su condición de “censora” que tanto le han querido endilgar–, quien cometería tal desliz, pero como vemos, la derecha ha conseguido de nuevo aventajarnos... y en mucho.

Durante el tiempo vivido en Moscú, pude realizar algunos viajes dentro de la Unión Soviética; sin embargo, lo extenso de su territorio hacía imposible conocer en detalle una sociedad tan diversa. En 1976 realicé varios viajes por los países de Europa occidental. Aquel fue un año de cambios; los que más prometían eran España, con la muerte de Franco –el engendro que celosamente habían cuidado las potencias occidentales–; y Portugal, con la Revolución de Abril. En España ese año de 1976 todo bullía; las personas con quienes me encontraba en las calles de Madrid estaban llenas de esperanzas, disipadas poco a poco en los caminos del eurocomunismo de Santiago Carrillo y las sinuosidades de Enrico Berlinguer. Eran los años del giro a la derecha de los partidos de la izquierda europea. De Portugal recuerdo una fiesta en Madeira donde se encontraba entre los invitados una persona que resultaría ser un coronel del ejército portugués; no hubiese tenido nada de particular aquello, si no hubiera sido porque la fiesta estaba organizada por miembros del Partido Comunista de Portugal. Había pasado poco tiempo desde la caída de Marcelo Caetano en abril de 1974 y a mí, venido de América Latina, no dejaba de sorprenderme la presencia de un coronel en un ambiente como ese. Entonces me pareció que sería Portugal el país de Europa que lograría zafarse del dogal del capitalismo. Sin embargo, la caída de la dictadura no significó la independencia de Portugal de los centros financieros, ni el fin del colonialismo en África. Fue mucho lo que todavía tuvo que luchar Angola para liberarse, en un momento crucial la Unión Soviética le retiró su apoyo al gobierno de Neto y al Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA). Solo gracias a la decisiva intervención de Cuba pudieron las fuerzas del MPLA poner fin a la guerra

civil en Angola y acabar con el régimen del *apartheid* en el sur de África.

Aquel año de 1976 pasaría parte del invierno en Londres, fue una agitada temporada de atentados con bombas del Ejército Revolucionario Irlandés. En el sitio donde me había hospedado —una típica casa de huéspedes londinense, en Codrington Mews n.º 6—, cada mañana al bajar las escaleras para desayunar se formaba un verdadero barullo; el resto de los huéspedes querían saber cómo era la Unión Soviética. Cada día debía responder a un sinnúmero de preguntas. Lo más curioso de todo era que se me hacía imposible convencer a ingleses y extranjeros de que Inglaterra no era un país socialista. Todos contestaban en coro: ¡Sí estamos en un país socialista, aquí mandan los laboristas! Corrían los últimos días de Harold Wilson como primer ministro y hoy sabemos que el Ejército Republicano Irlandés ese año estuvo a punto, sin saberlo, de ganarle la guerra a Inglaterra...

LA AMENAZA FAKE

La Unión Soviética despertaba un interés especial en todas las personas —esto lo puedo afirmar con toda propiedad, porque por aquellos años tuve la oportunidad de recorrer una buena parte de Europa—, y no hubo una sola ocasión en que las personas —al enterarse de mi sitio de procedencia o el destino de mi viaje—, no me acribillaran con sus preguntas. Si eran o no simpatizantes de las ideas del comunismo, no era relevante, nunca eran indiferentes acerca de la existencia de aquel país, que contradecía en todo lo que hasta su aparición era considerado normal. De hecho, se referían al Estado soviético como una creación contra

natura; “un país de probeta” surgido de condiciones manipuladas a través de la aplicación de fórmulas de Marx y la teoría conspirativa de Lenin y no—como el resto de los países—, nacido de la combinación azarosa de diversos factores propios de la evolución espontánea de las sociedades. Asimismo era para muchos intolerable la existencia de los planes quinquenales, que supuestamente hacían de la existencia un aburrimiento insoportable. La gente decía: “Una sociedad en la que no hay cabida para la imaginación, era sencillamente robotización”. La obra *1984* de George Orwell apunta hacia una sociedad con esas características; posteriormente fue convertida en una película cargada de guiños dirigidos a la satanización de las ideas socialistas y llenos del más rabioso anticomunismo. Lo cierto es que la maquinaria hollywoodense garantizó que el público no estableciera relación entre la sociedad retratada en la novela *1984* y la de una posible novela referida a la sociedad norteamericana, cuyo título podría ser *11 de septiembre de 2001*, y en la que funcionaría, no ya el Ministerio de la Verdad, sino el Ministerio de la Posverdad.

Poder popular y bronces

Llegué a Moscú en plena era Brézhnev. Una de las primeras cosas que percibí fue la poca atención que prestaban al aspecto estético de las tiendas las empresas que se dedicaban al comercio. Al mismo tiempo era evidente la escasez de mercancías. Pero lo que de verdad me desagradaba era que la Unión Soviética se parecía a lo que el Departamento de Estado quería que se pareciera. Luego nos enteramos de que un río subterráneo de primorosas mercancías con excelente presentación corría frente a nuestras narices sin ser percibido

por nuestros ojos incautos. Su adquisición dependía de sólidos contactos o de alguna feliz casualidad. En mi universidad estudiaban jóvenes de toda procedencia, pero eran frecuentes los hijos de dirigentes y personalidades, por lo que se podían ver los diferentes niveles sociales a través de la vestimenta, sobre todo en lo que a las jóvenes respecta. Recuerdo con especial antipatía a un par de estudiantes cuyas pieles de sus abrigos sembraban el silencio a su alrededor, al pasar exhibían sobre sus hombros costosas chinchillas, armiños, lobos azules. Todo un zoológico para la vanidad, al tiempo que sus otras compañeras combatían el frío desde modestos abrigos provistos de cuellos y puños de pieles sencillas. Eran hijas de altos funcionarios y pertenecían a exclusivos círculos sociales. Como esas estudiantes había muchos y muchas más, cuyos influentes parientes le garantizarían los mejores cargos. Luego de la caída de la URSS, hemos podido enterarnos de lo dramático de las diferencias sociales y lo que a mi parecer agrava el panorama, es que esos jóvenes eran hijos, nietos y bisnietos de los bronces. Llamo bronces a los dirigentes que no tuvieron suficiente con el merecido reconocimiento del que fueron objeto por parte del pueblo soviético, y extendieron el territorio del agradecimiento popular hasta hacer de él un mundo de privilegios, que con frecuencia les hacía parecerse a los capitalistas que tanto criticaban. Eran seres cuyo narcisismo se escapaba de la intimidad de los espejos de sus tocadores para saturar con sus rostros todas las páginas de la prensa soviética. Su palabra era ley y pontificaban como papas desde el templo de sus manuales. Después del desmoronamiento de la Unión Soviética, los oligarcas crecerían como hongos sospechosos después de la lluvia. Y el pueblo ya no tendría más revolución que defender.

De la *perestroika*¹⁵ y la *glasnost*¹⁶ me quedó la anécdota de Vitya N., compañero de estudios con quien me unió una estrecha amistad. Me relató que como periodista de *Konsomólskaya Pravda*¹⁷, había decidido hacer un reportaje para lo que se dispuso a recorrer Rusia haciendo una encuesta en los trenes, con la siguiente pregunta: “¿Quieren los rusos la *perestroika*?”. El resultado lo publicaron el domingo siguiente en las páginas de ese periódico. A la mañana del lunes un Zil –marca de los carros que transportaban a las personas importantes del gobierno– llegó a las puertas de la redacción del periódico. Vitya fue llevado hasta el Kremlin, lo esperaba el mismísimo Gorbachov, quien le imprecaría con golpes sobre el escritorio: “¡El pueblo soviético quiere la *perestroika*!, ¡los resultados de esa encuesta mienten!”. Después Vitya terminaría en la redacción de un periódico de provincia. Así eran los bronces...

En lo que respecta al poder popular, fue arrinconado por las sombras del poder y los egos. Ya el pueblo no atemorizaba a los jefes.

EL CARRUSEL DE LAS PERVERSIDADES

Si el arte refleja el espíritu de las sociedades en un momento determinado, no podía ser sino en la Rusia zarista donde apareciera una literatura que se encargara de retratar a un gobierno despótico, cuyo poder ejercía a través de una pesada estructura burocrática y un funcionariado férreamente estratificado, que medraba a la sombra de una brutal opresión feudal. Muchos de los delirantes mecanismos de control de ese Estado paranoide

15 Reestructuración.

16 Transparencia.

17 Órgano divulgativo de la Juventud Comunista del PCUS hasta 1991. Siguió como diario independiente después de la disolución de la URSS.

fueron reproducidos por la Revolución Soviética en un natural instinto de preservación.

Pero ese aparato burocrático soviético no logró en el momento oportuno deshacerse de la rigidez para alcanzar la agilidad necesaria para su transformación —que hubiera pasado indefectiblemente por una reestructuración (*perestroika*) tal como la esperaba el pueblo soviético—, dentro del marco del socialismo y preservando sus logros.

Marx describió la burocracia como “la república petrificada”, y el aparato estatal soviético se había llenado de efigies de bronce vaciadas en la fragua de la guerra civil, de los logros gigantescos de la productividad. El prestigio de las mujeres y los hombres que conformaban el Soviet de Diputados, el Consejo de Ministros, el Soviet Supremo, el Comité Central del PCUS, todos los incluidos en la llamada *nomenklatura**, ejercían un poder faraónico, por lo que era quimérico esperar que de ellos mismos surgieran las fuerzas que los cambiarían, para eso era necesaria la irrupción del poder popular, pero a este ya lo habían enterrado bajo millones de toneladas de blue jeans, de propaganda del *american way of life* y bajo esas condiciones ya era tarde para esperar que germinara el “hombre nuevo” —del que tanto habló el Che—, los jóvenes que enrumbarían a la URSS por el sendero de un socialismo capaz de neutralizar la ofensiva con la que al final la derrotarían.

El socialismo es el único sistema hasta ahora conocido que padece de desviaciones: el revisionismo con que los chinos en su momento acusaron a la URSS, el reduccionismo del que los soviéticos acusaban a los chinos, mientras Radio Tirana —a través de las ondas hertzianas— acusaba a tirios y troyanos de revisionismo. El eurocomunismo, otra de las dolencias orgánicas del socialismo, que edulcoraba la propuesta revolucionaria desvis-

tiéndola de la dictadura del proletariado... Y de manera especial, al foquismo del Che y su visión idealista de los estímulos morales, por encima de lo material. Y así muchos otros enfoques, que han llenado de propuestas y visiones el camino del socialismo. La lección crucial que podemos sacar es que el burocratismo –ese carrusel de perversidades– es el gran peligro para la construcción de una nueva sociedad. Allí la némesis de las luchas progresistas...

Sin embargo, cuando se creía que el capitalismo –como un virus multiforme– se muta y regenera interminablemente, comenzamos a sospechar que su mutación postrera ha comenzado, y al parecer, sí existe una etapa final, se llama neoliberalismo y su seña principal es la destrucción de todas las normas de la economía capitalista, en un viaje sin retorno al caos.

Finalmente, acerca de la URSS, aquí dejo esta confesión de Occidente que bien puede servirle de epitafio:

... La URSS es un país que supone una seria amenaza para el mundo occidental. No me estoy refiriendo a la amenaza militar; en realidad esta no existía. Nuestros países están lo suficientemente bien armados, incluyendo el armamento nuclear. Estoy hablando de la amenaza económica. Gracias a la economía planificada y a esa particular combinación de estímulos morales y materiales, la Unión Soviética logró alcanzar altos indicadores económicos. El porcentaje de crecimiento de su Producto Nacional Bruto es prácticamente el doble que en nuestros países... Por eso siempre hemos adoptado medidas encaminadas a debilitar la economía de la Unión Soviética y a crear allí dificultades económicas, donde el papel principal lo desempeña la carrera de armamentos. Un lugar importante en nuestra política es tomar en consideración las flaquezas de la Constitución de la URSS... Por desgracia y pese a todos nuestros esfuerzos durante largo tiempo la situación política en la URSS siguió siendo estable durante un largo período de tiempo. Teníamos una situación complicada. Sin embargo, al poco tiempo nos llegó una información sobre el pronto

fallecimiento del líder soviético y la posibilidad de la llegada al poder, con nuestra ayuda, de una persona gracias a la cual podríamos realizar nuestras intenciones en esta esfera (...) Esa persona era Mijaíl Gorbachov, a quien nuestros expertos calificaban como una persona imprudente, sugestionable y muy ambiciosa. Él tenía buenas relaciones con la mayoría de la élite política soviética, y por eso, su llegada al poder, con nuestra ayuda, fue posible.

MARGARET THATCHER**

* Lista de nombres de las personas que conformaban la élite gobernante, casi todos miembros del PCUS y responsables de los cargos más importantes en todos los ámbitos: economía, educación, cultura, etc.

** Disponible en: <https://lapupilainsomne.wordpress.com/2017/10/04/la-urss-y-mijail-gorbachov-un-testimonio-de-margaret-thatcher/>

Coda

Una visión en perspectiva de lo ocurrido en América Latina desde que Chávez desatara lo que él mismo llamó “el huracán de los pueblos”, hasta los recientes avatares de la política regional, me ha permitido entender que la mayor influencia que está ejerciendo la Revolución de Octubre sobre las nacientes estructuras que servirán de base para la construcción del socialismo del siglo XXI ha sido revelar una advertencia. La advertencia vista desde el ojo de las experiencias desencadenadas en octubre de 1917, y cuya secuencia condujo hasta diciembre de 1991 con la disolución de la Unión Soviética.

Ha corrido mucha agua debajo de los puentes... Sucesos impensables han marcado la historia y ahora cada vez más son menores las dudas de que el triunfo de la Revolución Soviética fue el acontecimiento geopolítico más importante del siglo xx, y que su influjo penetra este nuevo siglo como una crecida que horada las orillas de la visión tradicional, eurocentrista, hegemónica; y da paso a nuevas alternativas de pensamiento que permiten abordar los desafíos de la humanidad.

El primero de esos desafíos, debido a su importancia fundamental, es el problema del cambio climático y todo lo atinente a las luchas medioambientales. No se vislumbra una salida para este problema sin considerar las alternativas presentadas por el modelo socialista. La supervivencia de la especie humana sobre el planeta no será posible sin que el ser humano establezca una relación simbiótica con la naturaleza; y que se construyan relaciones de nuevo tipo entre los pueblos. De otro modo va a ser imposible, por ejemplo, hacer del agua un elemento para la paz y no un pretexto para nuevas guerras, tal como ya lo están planteando las potencias hegemónicas. La posibilidad de implementar soluciones reales para los problemas medioambientales de estos nuevos tiempos solo es factible a través de un pensamiento socialista, alejado de muchos de los elementos que intervinieron en el pensamiento que privó en la Unión Soviética.

El profesor Enrique Dussel, uno de los fundadores de la filosofía de la liberación, observa que “hubo una doctrina marxista-leninista que desapareció ya que su contenido no respondía a la realidad latinoamericana y aún no se ha reemplazado”¹⁸. En mi modesta opinión, considero que esa doctrina marxista-leninista no respondía ni siquiera a la realidad de Rusia y de los

18 Disponible en: <https://www.aporrea.org/actualidad/n193909.html>

pueblos que conformaron la Unión Soviética, porque muchos de los dirigentes soviéticos reproducían la manera de ejercer el poder del zarismo, y no lo consideraban de una manera diferente porque así lo habían vivido desde siempre. Por cierto, no era una manera muy distinta a la de cualquier monarquía europea ante la posible vulneración de la Corona. En el caso de la URSS, la integridad del Estado era primordial y no cabían contemplaciones al respecto, pues se trataba de la preservación de los intereses del pueblo.

De igual modo Dussel afirma que “Marx escribió una teoría económica, no política, y por lo tanto se debe construir una teoría política sobre el socialismo”¹⁹. En correspondencia con las palabras del profesor Dussel, esa teoría política debe construirse para que pueda adaptarse a las sociedades donde se aplique. Por ejemplo, su contenido, en Latinoamérica, deberá responder a las especificidades de cada país, y siempre desde una postura irreductiblemente revolucionaria, como la gran Revolución de Octubre.

19 *Ibid.*

ROJO PASIONARIO

*...En tantos climas,
en tantas tierras siempre son,
si no pretextos de mis rimas
fantasmas de mi corazón.*

RUBÉN DARÍO

La casa de los postgraduados y de los practicantes de la universidad Lomonosov quedaba en la calle Shvérnika de Moscú. Era una residencia estudiantil en la que habitábamos aproximadamente seis mil personas, que en su gran mayoría no superaba los veinte años... Se pueden imaginar lo que era aquel depósito de hormonas. Día y noche había un zumbido como el de una colmena a punto de estallar. Desde las estaciones del metro cercanas –Profsaïusnaya y Oktiabriskaya–, ya se percibían ciertas vibraciones caóticas. Esos fenómenos se manifestaban con la presencia de jóvenes que se subían o bajaban de los tranvías con sospechoso sigilo unas veces, y otras eran las muchachas con las caras enrojecidas por el frío que pasaban en bandadas, envueltas en sus abrigo de cuellos de piel, con pesadas bolsas cargadas de víveres. Yo prefería la estación de metro Oktiabriskaya, allí tomaba el tranvía 26 y pasaba frente al cementerio donde reposa –bajo una plancha de bronce, grabada con una hermosa caligrafía cirílica al estilo del siglo XVIII–, la famosa heroína del cuento *La Dama de pique* de Pushkin. Cerca está el bulevar Sebastópol, donde iba con alguna frecuencia al baño sauna, del que fui gran aficionado por esos días. Cerca de allí había un edificio para diplomáticos que frecuentaba para visitar a una amiga mexicana con quien viajé a Londres.

Entonces estaba empezando a moverme solo por Moscú y comenzaba a desarrollar la afición de ser un navegante solitario que trazaba viajes extraños en los mapas de la imaginación. Poco duró aquello, porque la ruta más inesperada me la escribiría la propia vida después de conocer a una muchacha serbia de temperamento volátil de quien quedé prendido. Y digo poco

tiempo, porque aquel ímpetu de viajero solitario se transformaría en la reposada figura de un joven padre empujando un cochecito rojo por la calle cercana a la casa de los postgraduados y de los practicantes. En aquel cochecito iba Darijana, nuestra hija, cuyo primer idioma extrañamente sería el griego, gracias a nuestra vecina Zoya que realizaba su postgrado en Medicina y que gustosamente se ofrecía a cuidar a Darijana junto a su hijita Nathalia, una bebé de ojos hermosos.

Nunca hubiera podido imaginarme las rutas que habría de recorrer como consecuencia de haber conocido a esa muchacha serbia: Alemania, Serbia, Eslovenia, Croacia, cruzar el Atlántico en un buque de carga para cubrir la ruta de La Guaira hasta el puerto de Róterdam y de allí hasta Belgrado en tren. Iría luego de Belgrado a Milán y de allí a Caracas, donde la esperaría junto a Darijana y Darko –un nuevo miembro que se había sumado a nuestra tripulación y que aún no había abandonado los pañales.

Han sido muchos los viajes emprendidos desde aquellos lejanos días de finales de septiembre de 1978, cuando la conocí en la fiesta de bienvenida a los nuevos estudiantes que ingresaban aquel año a la universidad.

Podría pensarse que ha sido un largo viaje, sin embargo la travesía ha transcurrido rápido; pienso que hemos sido celajes borrosos en un vertiginoso torbellino.

Finalmente debo reconocer que desde entonces –en todas estas aventuras, Mira Milojevic –la muchacha serbia que conocí en Moscú–, no ha dejado el barco ni un solo instante y es la navegante principal de esta tripulación que inició un sorpresivo recorrido hace tantos años, y que vamos cruzando sueños juntos, bajo la misma bandera de rojo pasionario.



MirayMarco (1980)

ÍNDICE

>>>

Presentación: 100 años de la Revolución de Octubre	5
Marco Aurelio Rodríguez	11

Rapsodia en rojo. Memorias de Moscú

El maní era así	13
Llegar a Moscú	20
Un fantasma recorre América Latina	23
Todo comienza	25
Industria ligera e ideología	29
Invierno y cultura	31
Poder popular y bronzes	42
Coda	47

Edición Digital
Octubre 2017
Caracas - Venezuela

»»



*En Rapsodia en rojo.
Memorias de Moscú,*
Marco Aurelio Rodríguez
nos cuenta su experiencia en la
URSS cuando fue becado para
estudiar en la capital soviética a
mediados de los años 70. Sazonan su
relato reflexiones y análisis que permiten
comprender sus vivencias y nos ponen en
guardia al respecto de los factores que
determinaron la caída del experimento
socialista ruso.

REVOLUCIÓN
DE OCTUBRE
70 AÑOS



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



1817 - 2017
ZAMORA
UNIÓN CIVICO MILITAR